

dramaturgos
alicantinos
contemporáneos



DONANTES

ANTONIO CREMADES CASCALES

Donantes

Antonio Cremades

© Antonio Cremades, 2014

© De esta edición: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2014
c/ San Fernando, 44 - 03001 Alicante

Diseño de cubierta: Aurelio Ayela

Maquetación: Marten Kwinkelenberg

Impresión:

ISBN: 978-84-7784-678-9

Depósito Legal: A 803-2014

Para mi padre

*La vida suele ser más frágil que las ficciones
con que la sostenemos*

Juan Mayorga

«Somos cuentos contando cuentos...»

Fernando Pessoa

Odas de Ricardo Reis

Personajes

HOMBRE 1

ENFERMERA

HOMBRE 2

CAMARERO

MUJER

MÉDICO

1

Pasillo de un hospital

El hombre 1, setenta a setenta y cinco años, detenido en el umbral de la habitación número 305. Lleva una revista enrollada en la mano. La puerta se halla entornada en sus tres cuartas partes. Del interior de la habitación surge una tenue luz que se torna penumbra al mezclarse con el blanco fluorescente del pasillo.

Se oye acercarse una ambulancia. El volumen de la sirena se torna molesto, insoportable durante unos breves segundos. A través de la puerta, tamizadas, se perciben las parpadeantes luces amarillas.

Por el lateral izquierdo aparece la enfermera con una botella de suero. Cuando llega a la altura del hombre 1 se detiene, sonríe sin que éste parezca percatarse de su presencia y espera unos segundos antes de hablar.

ENFERMERA: Usted siempre al pie del cañón.

HOMBRE 1: (*Volviéndose.*) Hola, Teresa.

ENFERMERA: ¿Qué? ¿Cómo va todo?

HOMBRE 1: (*Encogiéndose de hombros.*) Igual.

(Pausa breve.)

ENFERMERA: ¿Duerme?

HOMBRE I: Sí.

ENFERMERA: Eso está bien. Necesita descansar.

(Pausa Breve.)

HOMBRE I: Me parece haberla oído quejarse...

ENFERMERA: ¿Cuándo?

HOMBRE I: Hace un momento.

ENFERMERA: ¿Por qué no me avisó?

HOMBRE I: No era necesario.

ENFERMERA: Hubiera venido enseguida.

HOMBRE I: Lo hizo en sueños.

ENFERMERA: ¿En sueños?

HOMBRE I: Parecía estar hablando con alguien.

ENFERMERA: Ya.

HOMBRE I: Mencionó un nombre...

ENFERMERA: ¿Lo conoce?

HOMBRE I: No pude entenderla...

ENFERMERA: No creo que tenga fiebre... pero...

HOMBRE I: Por momentos...

ENFERMERA: ...no perdemos nada con volver a tomarle la temperatura y cerciorarnos.

HOMBRE 1: (*Se lleva la mano al rostro como tratando de espantar un mal presagio, una idea que lo atemorizara.*)... parecía como si... hablase en otro idioma.

ENFERMERA: No le dé mayor importancia.

HOMBRE 1: No sólo le ocurre en sueños.

ENFERMERA: (*Por primera vez advertimos un tic, una leve contracción de una parte de su rostro, un gesto de alerta.*)
¿Qué quiere decir?

HOMBRE 1: Nada.

(*Pausa breve.*)

ENFERMERA: Todo eso que me cuenta... créame... es a causa de su debilidad... No le dé más vueltas...

HOMBRE 1: Lo intento.

ENFERMERA: La medicación que se le suministra es fuerte...

HOMBRE 1: De veras que lo intento, pero...

ENFERMERA: ...y probablemente...

HOMBRE 1: No puedo.

ENFERMERA: ...sea la responsable de esas... alucinaciones...

HOMBRE 1: (*Su tono no parece convincente.*) Claro.

(*Pausa breve.*)

ENFERMERA: (*Echando una breve ojeada al interior de la habitación.*) Ahora parece tranquila.

HOMBRE 1: Sí.

(*Pausa breve.*)

ENFERMERA: ¿Y usted?

HOMBRE I: Yo...

ENFERMERA: ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

HOMBRE I: No sé.

ENFERMERA: No me engañe.

HOMBRE I: Un rato...

ENFERMERA: Cuando comencé mi turno me pareció verlo rondando por el pasillo.

HOMBRE I: Buscaba a la doctora.

ENFERMERA: ¿Por qué no se va a descansar un poco?

HOMBRE I: ¿Usted no la habrá visto, verdad?

ENFERMERA: (*Señalando hacia el interior de la puerta.*) Ella ahora no le necesita.

HOMBRE I: Me dijeron que hoy se iba a retrasar en las visitas.

ENFERMERA: Si es por eso, no se preocupe.

HOMBRE I: Que habían ingresado a una paciente y la estaban interviniendo de urgencia...

ENFERMERA: Yo le avisaré cuando venga.

(*Pausa breve.*)

HOMBRE I: Tú... por casualidad...

ENFERMERA: ¿Qué?

HOMBRE I: ¿No sabrás si ha habido alguna novedad?

ENFERMERA: No.

HOMBRE 1: No, claro.

ENFERMERA: Nosotras no tenemos acceso a esa información.

HOMBRE 1: Lo sé, lo sé... pero...

ENFERMERA: De eso se encargan ellos directamente.

HOMBRE 1: Tal vez podrías habérselo oído comentar... tú... o cualquiera de tus compañeras a alguno de los doctores...

ENFERMERA: Cuando eso ocurra, usted será el primero en saberlo.

HOMBRE 1: (*Moviendo la cabeza.*) Por supuesto. Por supuesto.

(*Pausa breve.*)

ENFERMERA: Debería hacerme caso y bajar a tomar algo... y de paso, descansar un poco.

HOMBRE 1: Sí.

ENFERMERA: Mírese. Tiene hasta mala cara y todo. ¿También usted quiere darnos un disgusto? (*Por la revista.*)
Lea un rato y distráigase.

HOMBRE 1: Lo haré.

ENFERMERA: Desconecte. Deje de pensar.

HOMBRE 1: No pensar...

ENFERMERA: Le vendrá muy bien.

(*El hombre 1 no se mueve. Un tiempo.*)

HOMBRE I: Estoy muy preocupado...

ENFERMERA: Es lógico que lo esté.

HOMBRE I: No debería ser así...

ENFERMERA: Las circunstancias obligan.

HOMBRE I: Trato de evitarlo... siguiendo vuestro consejo...

ENFERMERA: Nadie puede pasarlo por usted. Eso está claro.

HOMBRE I: Sé que estoy haciéndome daño... y que también les hago sufrir a ellas, a Marta sobre todo... Últimamente ya ni se molesta en disimularlo. (*Abatiendo la cabeza.*) Pero... no puedo remediarlo... Es... algo más fuerte que yo...

ENFERMERA: Intente encontrarle la parte positiva.

HOMBRE I: (*La mira como si acabara de decir algún desatino.*) Un sentimiento que anula, poco a poco, mi voluntad...

ENFERMERA: Aunque no lo parezca... todas las cosas la tienen.

HOMBRE I: Empiezo a perder...

ENFERMERA: Piense en que no está solo.

HOMBRE I: ...la esperanza.

ENFERMERA: Eso le ayudará.

HOMBRE I: ¿Ayudarme?

ENFERMERA: Sabe perfectamente el cariño que todo el personal de esta planta sentimos por su hija y por usted.

HOMBRE 1: (*Asiente.*) No digo que no se estén tomando todas las medidas oportunas...

ENFERMERA: Nunca olvidaré aquel gesto.

HOMBRE 1: Eso me consta...

ENFERMERA: Por mucho tiempo que pase.

HOMBRE 1: Pero...

ENFERMERA: Sin tan siquiera pretenderlo... su hija me dio una gran lección aquella mañana. Puede usted jurarlo.

HOMBRE 1: ...pasan los días...

ENFERMERA: No me extraña que se sienta tan orgulloso.

HOMBRE 1: ...y...

ENFERMERA: Aprenda de ella.

HOMBRE 1: ...en ocasiones tengo la sensación como si...

ENFERMERA: Todos deberíamos hacerlo.

HOMBRE 1: ...se me ocultara algo...

(*Pausa breve.*)

ENFERMERA: ¿Ocultarle?

HOMBRE 1: No te enfades.

ENFERMERA: Usted sabe que eso...

HOMBRE 1: Sí... no tiene ningún sentido...

ENFERMERA: Ya se le advirtió en su momento.

HOMBRE 1: ...pero aún así...

ENFERMERA: Tanto el equipo médico como las enfermeras...

HOMBRE I: No puedo quitármelo de la cabeza.

ENFERMERA: ...hicimos hincapié en que a partir de ahora sólo cabía una cosa.

HOMBRE I: Sí.

ENFERMERA: Esperar.

HOMBRE I: Lo sé.

ENFERMERA: Por desgracia...

HOMBRE I: Todos os estáis portando muy bien...

ENFERMERA: Estas cosas funcionan así.

HOMBRE I: ...tanto con ella como conmigo...

ENFERMERA: Ahora...

HOMBRE I: No tengo ninguna queja por ese lado...

ENFERMERA: No queda más remedio que aceptarlo y armarse de paciencia.

HOMBRE I: Todo lo contrario...

ENFERMERA: Es nuestro trabajo. Y le aseguro que a veces es duro...

HOMBRE I: Sin embargo...

ENFERMERA: Lamentamos no poder hacer más por ella...

HOMBRE I: No es eso...

ENFERMERA: ...pero no le quepa la menor duda...

HOMBRE I: ...lo que quiero decir es que...

ENFERMERA: En ninguna otra parte estaría mejor atendida que aquí.

HOMBRE 1: ...parece como si...

ENFERMERA: No sé si eso le servirá de mucha ayuda...

HOMBRE 1: ...algo no estuviera yendo al ritmo que debería...

ENFERMERA: Le comprendo.

HOMBRE 1: (*Mirando a la enfermera, tal vez sorprendido por lo que acaba de decir, como advirtiendo en sus palabras la confirmación de sus temores.*) Perdona.

ENFERMERA: Tranquilo.

HOMBRE 1: Ya no sé ni lo que digo.

ENFERMERA: Le comprendo perfectamente.

HOMBRE 1: Me traiciona el deseo.

(*Pausa breve.*)

ENFERMERA: Me gustaría seguir hablando con usted, pero... (*Mostrándole las botellas de suero.*) He de continuar con mi trabajo.

HOMBRE 1: (*Mirando al interior de la habitación.*) Hace tanto tiempo que no la veo sonreír.

(*Lentamente va haciéndose el oscuro. Suena la primera parte, «El lecho del enfermo», del poema sinfónico de Richard Strauss «Muerte y transfiguración» al menos durante unos treinta segundos.*)

2

Habitación de hospital

Durante unos segundos se sigue escuchando la primera parte «El lecho del enfermo» del poema sinfónico de Richard Strauss «Muerte y transfiguración», para, acto seguido, dar paso a un frío y turbador silencio solamente interrumpido por el rítmico compás del respirador artificial que como un cruel contrapunto se mantendrá a lo largo de toda la escena.

En la cama descansa un cuerpo con la cabeza y uno de los brazos vendados.

A la izquierda de la cama, el hombre 2, cincuenta a cincuenta y cinco años, sentado en un sillón, con las manos entrelazadas, y la mirada fija en algún punto concreto del cuerpo cubierto por las sábanas.

Lleva una tirita en la ceja izquierda además de algún que otro corte y diversas contusiones diseminados por el rostro. Una venda le cubre la muñeca derecha.

HOMBRE 2: ¡Laura!

¡Laura!

Contéstame, por favor.

Necesito una señal.

Por lo que más quieras... no me dejes así, con esta incertidumbre que me mata

o acabaré derrumbándome.

¿Es eso lo que quieres? ¡Contesta!

¿Por qué eres tan cruel conmigo? Yo... ¿no te das cuenta?...

Es en estos momentos... cuando más unidos deberíamos estar.

Cuando más preciso saber que todo lo que nos dijimos... no eran simples palabras... esas frases que uno suele decir cuando no espera ya nada... del otro.

Dime que no son fruto de la resignación. Dime que eran sinceras... Dime que todavía albergaban...

(Retorciéndose las manos.)

¿Por qué me castigas con tu silencio?

Si todavía me guardas algún rencor... te ruego que esperes a que pase todo... a que regresemos a casa...

Volveremos a discutirlo... ¿de acuerdo?... Si es eso lo que deseas... lo discutiremos una y mil veces más...

No puedes rendirte, ¿me oyes? No voy a permitirte.

Ahora... lo importante es que te recuperes. Debes luchar, concentrar todas tus fuerzas para salir del coma.

Hazlo por mí.

Por nosotros.

No soportaría cargar con este peso. Y tú lo sabes.

Lo conseguirás. No me cabe la menor duda. Sé que al final acabarás despertándote como de un mal sueño; porque todo lo que nos está ocurriendo... no es más que eso...

Un mal sueño.

Abrirás los ojos y me preguntarás:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —contestaré yo.— Te has quedado dormida.

Y con una sonrisa te excusarás:

—Estaba tan cansada.

Quizá el golpe te haya producido... no sé... algún tipo de amnesia. Lo he estado pensando, ¿sabes? Y no lo descarto. Tal vez sea una buena solución. El remedio que necesitábamos.

Una laguna temporal, un vacío...

Un tiempo muerto.

Piénsalo. No sucedió lo que no se recuerda.

No me malinterpretes. Pero... en ocasiones es el único medio que hay de... pasar página.

Quizá, por fin, olvides... olvidemos... y tengamos la oportunidad de comenzar desde cero sin el lastre de viejas deudas... de toda esa mierda que nos está matan...

Como cuando nos conocimos.

¿Te acuerdas?

Aún guardo el olor de aquel perfume. Siempre he creído, por una de esas extrañas asociaciones, que fue la causa de que tu y yo acabáramos emparejados...

Verás... Yo no quería estar en aquella estúpida fiesta... Casi me habían arrastrado hasta allí... No llevaría ni media hora dando vueltas y saludando a viejos desconocidos... cuando... me acerqué a llenar mi copa por enésima vez... y sentí aquel aroma... como si de pronto hubiera caído en medio de un jardín... Volví la cabeza y allí estabas tú, sonriendo...

¿A mí?

Nunca más te lo volviste a poner.

¿Por qué?

No me atreví a preguntártelo.

Durante todos estos años he estado esperando, paciente y silencioso, a que te decidieras. Cada mañana me acercaba a tu cuello con la intención de volver a reencontrarme con su sutil frescura... de recuperar el hechizo de aquella noche.

¿Cómo es posible que no llegases a darte cuenta?

¿Lo hiciste?

El recuerdo está lleno de trampas.

Estuvimos toda la noche hablando. ¿Por qué ahora, quince años después, lo poblamos todo de silencios?

No. Mejor no contestes. Solo abre los ojos y sonríe. Sonríe como entonces y comprenderé que me has perdonado.

Que por fin ha obrado el milagro.

Que volvemos a ser dos completos desconocidos el uno para el otro...

¿Te das cuenta, Laura, lo que eso supondría?

Decir adiós a tantas absurdas y dolorosas deudas...

Recuperar la ilusión de la primera vez... impacientes por viajar a los lugares donde fuimos felices... sin saberlo...

Trasformaría este... desafortunado y trágico incidente... en algo... mágico... y maravilloso.

Es una oportunidad única.

No me importa si no me la merezco. El destino la ha puesto en nuestras manos. No pienso juzgarlo.

Nuestra obligación ahora es aprovecharla.

Está bien. No habrá mejor momento que éste para demostrarte que todo lo que te dije iba en serio.

Déjame ayudarte. Quiero estar a tu lado. Sentirme útil. Pero para eso es preciso que sepa si...

¿Me has perdonado?

(Abatiendo la cabeza. Se retira hacia los pies de la cama. La contempla en silencio durante un tiempo. Asiéndose a la barra metálica.)

¿Te duele?...

¿Sientes algo?...

¿Puedes oírme?...

El médico me ha asegurado que no, que en tu estado es imposible, que en el coma se produce una paralización del sistema nervioso...

¿Es cierto?

No les creo. ¿Cómo pueden estar tan seguros?...

Dime que me escuchas... Aunque no puedas contestarme... sé que me escuchas...

Tiene que haber algún modo...

¿En qué piensas?

Pagaría por saber lo que ronda por tu cabeza en estos momentos.

¿Tiene algo que ver con nosotros?...

¿Conmigo?

¿Tiene algo que ver con... aquello?

(Un tiempo. Soltándose de la barra metálica y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.)

He avisado a todos. También a Javier. Su avión no llegará hasta mañana por la tarde. Como esperaba, se lo ha tomado muy mal. Apenas me dio oportunidad de explicarme... Se ha puesto a gritar como un loco. Me ha llamado de todo.

Él también me culpa de lo ocurrido, ¿sabes?

No sé por qué razón, pero me odia. No sólo por esto. Siempre lo ha hecho. No vamos a engañarnos ahora.

¿Es tan difícil entenderse?

Soy su padre.

No me hago a la idea... Por muy grande que sea el abismo que nos separe... un hijo nunca debería odiar a su padre.

Hasta por teléfono discutimos.

Ha salido a ti.

Todos lo dicen...

(Pausa. Camina por la habitación con la mirada fija en el suelo.)

Cuando prometí que no lo haría nunca más... te he vuelto a fallar... Como siempre... pero... si entonces me creíste... si una vez más nos concedimos otra oportunidad... ¿por qué ahora me das la espalda... cuando más falta me haces, cuando más necesito de tu confianza?

No más mentiras.

No más reproches.

No más rencores.

No más silencios, dijimos.

Dijiste.

(Se detiene junto a la mesita de noche. Sobre ella hay un bon-sái.)

Es curioso, ¿verdad?

(Lo coge. Observándolo de cerca.)

Me pregunto qué técnicas utilizarán para impedir que crezcan. ¿Limitarle el espacio, la cantidad de tierra y el abono? ¿Es eso suficiente? ¿Necesitará algún otro tipo de manipulación?

Es un arce tridente japonés.

Se denominan así por la forma de sus hojas. En otoño cambian de color. Ya se están poniendo anaranjadas. ¿Las ves?

Parece de juguete, ¿verdad?

Ahora que lo pienso... Olvidé preguntar con qué periodicidad se riega. Lo consultaré en la ficha.

(Dejándolo de nuevo sobre la mesita de noche.)

¿No te gusta?

¿Quieres que lo quite, que me lo lleve de aquí?

Ya sé... Es un regalo extraño. Y más en estas circunstancias... pero... cuando pasé junto al kiosco y los vi allí... (los venden por fascículos, ¿te lo puedes creer?)... alineados en uno de los laterales del mostrador... sentí la necesidad de comprarlo.

De traértelo.

Si un árbol es capaz de sobrevivir en esas condiciones...

Tal vez haya sido una estupidez... no sé...

Tú siempre lo has dicho: me guío por impulsos. Al final voy a tener que darte la razón...

(Guarda el bonsái en el cajón de la mesita de noche.)

No creas que me he olvidado de las flores.

Bajé a buscarlas. Quería ser yo mismo quien te las trajera. Pregunté a la recepcionista y al señor del kiosco. La floristería más cercana está a unos veinte minutos de aquí, me aseguraron ambos.

Todo está tan lejos de este maldito hospital.

Llamé para pedir las, una docena de rosas amarillas. Tus preferidas.

Iba a ser una sorpresa...

(Arrodillado junto a la cama.)

¿No te das cuenta?

Sólo puedo aferrarme a esa esperanza.

Si no me respondes me la arrebatas.

Y...

No sé si podré soportarlo.

Esta vez... no me siento capaz...

¿No crees que ya nos hemos hecho suficiente daño?

(Apoyando su cabeza en el pecho de ella.)

Quizá me lo merezca, no lo niego... Ahora más que nunca... lo sé... Debería haber hecho algo. Reaccionar a tiempo. En lugar de...

(Pausa breve.)

Contéstame, Laura.

¿Has cambiado de opinión? Tu silencio lo confirma. Dime que estoy equivocado. Dime que todas mis dudas y temores son infundados.

(Pausa breve.)

Necesito una respuesta, cariño.

¡Laura!

¡Laura!

¡Laura!

(La coge de la mano.)

Si puedes oírme, y sé que puedes, *(mirando hacia la puerta)* –¡qué sabrán ellos!– mueve la mano. Con eso me bastará. Una leve presión será suficiente... Es todo lo que te pido. Saber si...

No puedes negármelo.

(Escrutando un rostro inexpresivo.)

¿Me perdonas?

(Pausa larga. Se incorpora. Extrae un frasco de perfume de uno de los bolsillos de su chaqueta.)

Lo he sacado de tu maleta. ¿No te molestará que haya rebuscado en tus cosas, verdad? Lo malo que tienen los perfumes es que cuando hueles unos cuantos... la pituitaria se satura y ya todos te parecen iguales...

Ninguno de ellos era el que buscaba...

Ya había desistido cuando lo vi en un rincón, como escondido a propósito bajo la ropa de baño.

(Mirando el frasco.)

Está casi lleno.

¿Es el mismo de entonces?

¿Lo guardabas para alguna ocasión especial?

¿Pensabas ponértelo en el viaje... para mí?

(Acercando el frasco al cuello de la paciente, pulveriza sobre él una pequeña dosis de perfume. Acto seguido se inclina sobre ella, cierra los ojos y aspira el aroma con un rictus de placer evocador en su rostro.)

Jazmín.

(Oscuro.)

3

Cafetería ubicada en la planta baja del hospital

Dos mesas en primer término ocupadas, una de ellas, la de la izquierda por el hombre 1, y la de la derecha, sobre la que se amontonan varias tazas de café vacías, por el hombre 2.

El hombre 1 ojea, con la cabeza en otra parte, la revista. De vez en cuando alza la vista y observa detenidamente al hombre 2, a quien en estos momentos acaba de servirle el camarero otro café.

Suena la segunda parte «Fiebres. Agonías de muerte» del poema sinfónico de Richard Strauss «Muerte y transfiguración» al menos durante unos treinta segundos.

HOMBRE 1: Increíble.

HOMBRE 2: Perdón... ¿Cómo dice?

HOMBRE 1: *(Abandonando la revista sobre la mesa.)*¿Cuántos lleva ya?

HOMBRE 2: ¿Llevar...?

HOMBRE 1: *(Señalando las tazas vacías.)* Cafés. ¿Cuántos se ha tomado? ¿Cuatro?, ¿cinco?, ¿seis?... Incluso me atrevería a decir que más. ¿Me equivoco?...

HOMBRE 2: (*Mirando las tazas vacías.*) Si quiere que le diga la verdad...

HOMBRE 1: (*Consciente de su imprudencia trata de paliarla ensayando una justificación de urgencia.*) Ya sé que no son formas de iniciar una conversación... entre dos desconocidos... y menos en un lugar como éste. Le pido disculpas si en algo le he molestado, pero... he de reconocer que no pude resistirme a la tentación de preguntarle...

HOMBRE 2: He perdido la cuenta.

HOMBRE 1: Le creo. (*Pausa.*) Mire, hace un buen rato que le vengo observando... y ha despertado en mí una enorme curiosidad...

HOMBRE 2: ¿Se refiere... a los cafés?

HOMBRE 1: Más que curiosidad, sorpresa... ¿eh?... porque... no había visto nunca antes a nadie beber de ese modo tan... (*En la búsqueda de un vocablo clarificador.*) Tan...

HOMBRE 2: Bueno... Verá, todo tiene su explicación.

HOMBRE 1: (*¿Encontrándolo finalmente?*) Tan... obsesivo.

HOMBRE 2: ¿Obsesivo?

HOMBRE 1: Si me permite el adjetivo. (*Pausa breve.*) No sé... Cualquiera diría que intenta batir un record.

HOMBRE 2: (*Después de una pausa.*) ¿No sabía que llamara tanto la atención?

HOMBRE 1: No se alarme.

HOMBRE 2: No me gustaría pasar por un desequilibrado.

HOMBRE 1: Me malinterpreta. Quizá el problema sea más bien mío.

HOMBRE 2: ¿Suyo?

HOMBRE 1: (*Asintiendo con la cabeza.*) De percepción.

HOMBRE 2: No le entiendo.

HOMBRE 1: Verá... La cuestión es que a mí el café no me va, ¿sabe?

HOMBRE 2: ¿En serio?

HOMBRE 1: Y bueno... verlo a usted bebérselo como si fuera agua, pues...

HOMBRE 2: ¿No le gusta el café?

HOMBRE 1: ¿Gustarme dice? Con locura.

HOMBRE 2: Entonces...

HOMBRE 1: No lo puedo ni probar.

HOMBRE 2: Comprendo.

HOMBRE 1: No sólo me altera los nervios, eso al fin y al cabo le sucede a mucha gente y no por ello dejan de tomarlo...

HOMBRE 2: Lo que son las cosas. A mí me sucede todo lo contrario.

HOMBRE 1: Hasta con el descafeinado. Usted dirá que es sugestión. No lo niego. Será sugestión. (*Pausa breve.*) Aunque según tengo entendido, es incluso peor...

HOMBRE 2: ¿Peor?

HOMBRE 1: ¿Lo contrario?

HOMBRE 2: Sí, verá... Es algo muy curioso.

HOMBRE 1: Que de descafeinado no tiene más que el nombre... Lo único que hacen es utilizar productos químicos que enmascaran los efectos... Nada más. La cafeína sigue ahí. Más que quitar, añaden. ¿Comprende?

HOMBRE 2: Cuando estoy preocupado por algo me tomo un café y me tranquilizo.

HOMBRE 1: (*Cierra los ojos y aspira profundamente como si saboreara un café imaginario.*) ¿Sabe? Daría cualquier cosa por estar ahora en su lugar y poder paladear de nuevo una de esas humeantes y sabrosas infusiones.

HOMBRE 2: Tal cual un sedante.

HOMBRE 1: (*Después de una breve pausa.*) Tiene usted razón: muy curioso.

HOMBRE 2: Es como... si todo volviera a su sitio después de un par de tazas.

HOMBRE 1: He experimentado... ¿Por qué no decirlo?...

HOMBRE 2: Recobrando de nuevo su pulso. Su sentido. Ya sé que lo que le estoy diciendo parece contraproducente pero...

HOMBRE 1: (*Con un movimiento de cabeza.*) Una malsana envidia.

HOMBRE 2: Me he acostumbrado de tal modo que... ya no podría prescindir de él aunque quisiera.

HOMBRE 1: Porque no ha sentido la necesidad. Míreme a mí. (*Se golpea con el índice en la frente.*) Empiezo a tener serios problemas para retener su sabor. Mecanismos de defensa, supongo.

HOMBRE 2: Y menos ahora... con este cansancio.

(*Pausa breve.*)

HOMBRE 1: ¿Lleva mucho tiempo...?

HOMBRE 2: ¿En el hospital? (*El hombre 1 asiente con la cabeza.*) Demasiado.

HOMBRE 1: ¿Llega a resultar desesperante, verdad?

HOMBRE 2: Sí... Pero eso no es lo peor.

HOMBRE 1: No.

HOMBRE 2: Lo peor es la incertidumbre. Y la impotencia de saber que no puedes hacer nada.

HOMBRE 1: Desgraciadamente he pasado por ello. (*Cayendo en la cuenta.*) Aunque no sé por qué utilizo el pretérito.

HOMBRE 2: Entonces sabrá de lo que le estoy hablando.

HOMBRE 1: Perfectamente. Menos mal que uno acaba por acostumbrarse a todo.

HOMBRE 2: ¿Acostumbrarse?

HOMBRE 1: Afortunadamente a esto también.

HOMBRE 2: (*Como si quisiera leer su futuro en el poso de las tazas.*) ¿Y quién quiere acostumbrarse?

HOMBRE 1: No se trata de querer o no querer. Se trata de una necesidad, ingrata, pero necesidad. Miente quien diga lo contrario. Y sólo hay una forma, que yo conozca, de lograrlo. Como todo lo que merece la pena en esta vida, requiere su esfuerzo. Un período de adaptación. Pero al final se consigue, que es lo que importa.

HOMBRE 2: Qué remedio.

HOMBRE 1: A veces es necesario.

HOMBRE 2: ¿Acostumbrarse...?

HOMBRE 1: Para sobrevivir. Por puro instinto.

(*Pausa breve.*)

HOMBRE 2: Es flojo. (*El hombre 1 le mira sin comprender.*)
El café que sirven aquí es muy flojo. Pruébelo. Seguro que éste no le sienta mal.

HOMBRE 1: No será por ganas.

HOMBRE 2: Eso sí, le prevengo: He tomado mejores recordados.

HOMBRE 1: No me importa. Con tal de que sea café me conformo. Oler, lo que se dice oler, no huele tan mal.
(*Pausa breve.*) Es la primera vez que lo veo por aquí, quiero decir que... no lleva muchos días... en el hospital... ¿me equivoco?

HOMBRE 2: No. No se equivoca.

HOMBRE 1: Me habría dado cuenta. Sobre todo por los cafés...

HOMBRE 2: (*Reprochándose.*) Si le hubiera hecho caso...

HOMBRE 1: Solo.

HOMBRE 2: ...pero todo lo tengo que dejar para el último momento.

HOMBRE 1: El café.

HOMBRE 2: No encontraba las gafas de sol. No me gusta conducir sin ellas. (*Pausa breve.*) ¿Eh?

HOMBRE 1: Lo quiero solo.

HOMBRE 2: ¡Ah! Claro, claro... Perdone.

HOMBRE 1: Y sin azúcar.

HOMBRE 2: (*Levanta la mano reclamando la atención del camarero.*) Dos solos, por favor. (*Sonriendo al hombre 1.*) Como los buenos cafeteros.

HOMBRE 1: He de confesarle que hace más de dos años que no lo pruebo.

HOMBRE 2: Mejor. Así no notará la diferencia.

HOMBRE 1: Si me viera Marta ahora, me mataba.

HOMBRE 2: ¿Marta?

HOMBRE 1: Mi hija mayor. (*Pausa breve.*) ¿A cuántas cosas más tendremos que renunciar?

HOMBRE 2: A nuestra edad...

HOMBRE 1: Mejor no echar cuentas, ¿verdad?

HOMBRE 2: Mejor.

(Pausa breve. El camarero les sirve los cafés, marchándose sin retirar las tazas vacías.)

HOMBRE 2: ¿A qué hora suelen cerrar?

HOMBRE 1: ¿La cafetería? Tarde.

HOMBRE 2: ¿No podría ser un poco más concreto?

HOMBRE 1: Nunca antes de la una y media o las dos de la madrugada. *(El hombre 2 consulta mecánicamente su reloj.)* Dentro de poco empezarán a desfilarse los del turno de la noche. *(Con un gesto de complicidad.)* Y para esos, el café, es casi de obligado cumplimiento. *(Pausa breve.)* ¿Tiene para mucho?

HOMBRE 2: Todavía no sé nada.

HOMBRE 1: Bueno, pues... habrá que seguir esperando; ¿no le parece?

HOMBRE 2: Y es lo que más me preocupa. Esta cruel demora. Si no hay ningún problema...

HOMBRE 1: *(Apurando su café.)* Menos mal que siempre encuentras a alguien dispuesto a echarte una mano aliviándola en lo posible. Buena compañía, algo de conversación y café.

HOMBRE 2: ¿A qué tanta reserva? No lo entiendo. Todo ese silencio no puede augurar nada bueno.

(Pausa breve.)

HOMBRE 1: ¿Qué ha sido? (*Señalándole las heridas y el vendaje de la muñeca.*) Un accidente, por lo que veo.

HOMBRE 2: ¿No ha leído el periódico?

HOMBRE 1: No. ¿Me he perdido algo interesante?

HOMBRE 2: La grúa que volcó ayer por la mañana en pleno centro de Gran Vía...

HOMBRE 1: Sí. Algo he oído en las noticias. ¿Fue al girar, no?... Se cerró demasiado. Gracias que era temprano y no había mucho tráfico todavía; si llega a ocurrir sólo dos horas más tarde hubiera podido desencadenar una verdadera tragedia.

HOMBRE 2: Para mí la causó.

HOMBRE 1: No me diga que era usted al que...

HOMBRE 2: No se lo digo.

HOMBRE 1: Vaya... Pues... no sabe cuánto lo lamento. (*Pausa breve.*) Me ha dejado de piedra. (*Pausa.*) Supongo que no le servirá de mucho... pero... la verdad... no se me ocurre nada mejor que decirle: vi cómo quedó el coche. Parece un milagro que haya salido con apenas unos rasguños... Aún debe dar gracias. (*El hombre 2 sonríe sin ánimo.*) Cuando a uno le cae encima una grúa de más de veinticinco toneladas y lo puede contar, está de enhorabuena... es como... si de alguna manera hubiera vuelto a nacer. (*Pausa breve.*) ¿Su mujer? (*El hombre 2 baja la cabeza.*) ¿Es grave?

HOMBRE 2: Me temo que sí.

HOMBRE 1: Si prefiere no hablar de ello lo entenderé.

HOMBRE 2: Le ofrecí conversación. Estoy en deuda con usted.

HOMBRE 1: Escucho entonces.

HOMBRE 2: Hay poco que contar. Pasó todo tan rápido que... aunque lo vi, cuando quise reaccionar ya era demasiado tarde.

HOMBRE 1: ¿Ver... qué?

HOMBRE 2: La grúa cayendo sobre nosotros. Quiero decir... antes de que sucediese realmente...

HOMBRE 1: ¿Antes?...

HOMBRE 2: Sí. Apenas giró, vi como se me venía encima. Diez, quince segundos antes, no más... ¿No me pregunte cómo?... por eso cuando nos cayó de verdad... no supe reaccionar... perdí esos segundos cruciales... (*Toma el café a pequeños sorbos.*) Atrapada entre la chatarra a la que había quedado reducido nuestro coche después del tremendo impacto, Laura permanecía inconsciente. Tenía el rostro y el vestido manchados de sangre. Ni siquiera me atreví a tocarla... Hasta que no retiraron la grúa, hora y media después, no pudieron sacarla de allí. (*Pausa breve.*) Desde que la ingresaron no han parado ni un momento de hacerle pruebas. Analíticas, escáneres, resonancias... Y vuelta a empezar. He preguntado a las enfermeras que la asisten pero ninguna suelta prenda. Siempre me responden lo mismo. Tienen la lección bien aprendida: paciencia, hay que aguardar a ver qué dicen

los resultados. (*Otra breve pausa.*) Ya no lo resistía más y me he venido a la cafetería... porque desde que he entrado por esa puerta (no he pensado en otra cosa) sentía la terrible necesidad de escaparme un momento y bajar a tomar café... una taza detrás de otra... hasta aclararme las ideas, hasta quitarme el miedo, esa maldita grúa que no deja de caérseme a cada instante, la desesperación que me come por dentro...

HOMBRE 1: Ya sé que no es fácil... Pero...

HOMBRE 2: Durante las últimas horas... no he dejado de darle vueltas a una misma idea...

HOMBRE 1: Hay que confiar...

HOMBRE 2: Este accidente me ha hecho pensar...

HOMBRE 1: Todo saldrá bien. Ya lo verá.

HOMBRE 2: Que tal vez sea un aviso.

HOMBRE 1: Su mujer está en buenas manos, créame. Este hospital dispone de los mejores medios, tanto humanos como técnicos. (*Pausa breve.*) ¿Un aviso?

HOMBRE 2: Sí. Como una advertencia. (*Buscando su complicidad.*) ¿Cree usted que las cosas suceden porque sí, sin una causa aparente?

HOMBRE 1: No sabría qué contestarle a eso.

HOMBRE 2: A veces pienso que es necesario que se produzca una desgracia...

HOMBRE 1: ¿Necesario?

HOMBRE 2: ...o un cataclismo en forma de terremoto, ruptura, accidente o enfermedad...

HOMBRE 1: (*Sorprendido.*) ¿Para qué?

HOMBRE 2: Para, para, para que despertemos de una vez por todas del letargo en que se halla sumida nuestra existencia, una fuerte sacudida que nos abra los ojos y nos devuelva a la realidad, haciéndonos ver que estamos de paso (algo que según parece olvidamos con relativa facilidad), que no podemos estar posponiéndolo todo eternamente ya que en cualquier momento... de golpe y sin avisar... da un giro de ciento ochenta grados... ¡qué sé yo!... demostrándonos una vez más que jugamos, como torpes principiantes, a un juego que nos supera y del que desconocemos las reglas más elementales... (*Negando con la cabeza.*) Qué sarta de estupideces... Por favor, no me haga caso. No era eso lo que quería decir... exactamente... No lo estoy explicando bien. (*Pausa breve.*) Olvídelo.

HOMBRE 1: Tranquilo.

HOMBRE 2: Me pierdo en los conceptos. Mi cabeza es un autentico caos. Desde esta mañana... no consigo hilvanar una idea... Sólo hago que divagar. Vapores que empañan mi entendimiento... que me impiden pensar con claridad... (*Pausa breve.*) ¿Por qué todo ha de ser tan difícil?

HOMBRE 1: A veces somos nosotros mismos los que lo complicamos.

HOMBRE 2: Tal vez... Pero tengo la sensación... de haber fallado en algo...

HOMBRE 1: Está cansado. Se siente culpable.

HOMBRE 2: Sí. Supongo que sí.

HOMBRE 1: Después de lo sucedido... es lógico que lo piense.

HOMBRE 2: Debí prever el peligro que entrañaba la maniobra...

HOMBRE 1: No se torture.

HOMBRE 2: ...y haberlo evitado...

HOMBRE 1: Le comprendo.

HOMBRE 2: (*Llevándose las manos a la cabeza. Mira con recelo las tazas vacías.*) Por más cafés que me tome... no logro...

HOMBRE 1: Fue un accidente. Usted no tiene la culpa. Este tipo de acontecimientos desbordan al más pintado. (*Pausa.*) No me descubre nada nuevo. Sé muy bien de lo que estoy hablando. No en vano lo sufro en mis propias carnes. Ignorantes, nos sentimos inmunes a ciertas desgracias. Esas cosas sólo les pasan a los demás, pensamos... Pero... no es así. Desafortunadamente para nosotros... no es así. Y cuando antes lo aceptemos mucho mejor para todos. (*Pausa breve.*) Sé que no hago más que repetir tópicos... pero no se me ocurre nada mejor. Le prometo que éste será el último. Deje de compadecerse y hágase un favor: no se rinda...

HOMBRE 2: Es lo que intento.

HOMBRE 1: Un lujo que no podemos permitirnos.

HOMBRE 2: No desfallecer.

HOMBRE 1: Bajo ningún concepto. Por muy adversas que se nos presenten las circunstancias. Estamos obligados...

HOMBRE 2: ¿Cómo lo consigues?

HOMBRE 1: ¿Conseguir? (*Pausa breve.*) ¿Adónde se dirigen?

HOMBRE 2: A Torremolinos. Unos familiares de mi mujer tienen allí un apartamento en primera línea de playa. Todos los años nos invitan a pasar un fin de semana con ellos por estas fechas. Son una pareja atenta y encantadora. Pero a mí me parten por la mitad. Nunca me ha gustado viajar. Me canso sólo de pensarlo. Necesito cierto orden en mi vida... para sentirme seguro. Un viaje es una fuente de contratiempos. De problemas. Hacer y deshacer maletas, acomodarse a los nuevos horarios, a las comidas. Y encima la playa me aburre. No soporto ni la arena, ni el sol, ni los barcos, ni el agua salada. Hasta el pescado me resulta molesto, con tanta espina. En cambio a Laura le sucede todo lo contrario... Una semana antes ya está como loca con los preparativos... Tendría que verla. Experimenta una curiosa transformación... Hasta me atrevería asegurar que la rejuvenece. Si por ella fuera no saldríamos de allí. Es una cala muy pequeña, bastante alejada y sin apenas bañistas. Un lugar paradisíaco. Si al menos hubiera un chiringuito donde tomar café con hielo o beberme una cerveza. De todos

modos... una semana se pasa como sea. Tampoco es tanto sacrificio.

HOMBRE 1: (*Acaba su café. Después de una breve pausa.*) Tenía razón. Es muy flojo.

HOMBRE 2: Ya se lo advertí.

HOMBRE 1: Entre nosotros... me ha sabido a poco.

HOMBRE 2: ¿Quiere otro?

HOMBRE 1: No debería abusar.

HOMBRE 2: (*Llamando al camarero.*) Permítame que le devuelva la invitación.

HOMBRE 1: El último.

HOMBRE 2: Por hoy.

HOMBRE 1: ¿Por hoy?

HOMBRE 2: Una tontería. Faltan cinco minutos para la medianoche.

HOMBRE 1: (*Consulta su reloj.*) Sí. Es cierto...

HOMBRE 2: Aquí pierde uno en seguida la noción del tiempo.

HOMBRE 1: Las horas parecen de goma. Se estiran, interminables.

HOMBRE 2: En ningún otro lugar más relativas.

HOMBRE 1: Menos mal que hay café.

(*Pausa breve.*)

HOMBRE 2: ¿Se fijó?

HOMBRE 1: ¿Fijarme, en qué?

HOMBRE 2: En el parecido que hay entre la vida y el café.

HOMBRE 1: No le entiendo. ¿La vida...

HOMBRE 2: Estimulante y...

HOMBRE 1: ...como...

HOMBRE 2: ...amargo.

HOMBRE 1: ...un café?

HOMBRE 2: Negro y...

HOMBRE 1: Asombrosa comparación.

HOMBRE 2: ...nocivo.

HOMBRE 1: (*Con una sonrisa maliciosa.*) Mientras no sea descafeinado.

(*Pausa breve.*)

HOMBRE 2: Nunca me gustaron los hospitales.

HOMBRE 1: ¿Conoce a alguien a quién le gusten?

HOMBRE 2: Hace demasiado calor aquí dentro.

HOMBRE 1: Y huelen... El olor de un hospital es... especial... Único...

HOMBRE 2: Nos muestran la medida de nuestra fragilidad. Desarmándonos.

HOMBRE 1: Como a... No sé. ¿Me pregunto si es así como huele el dolor?

(*Pausa breve.*)

HOMBRE 2: ¿Qué estaba leyendo?

HOMBRE 1: Una revista.

HOMBRE 2: ¿Vienen crucigramas?

HOMBRE 1: ¿Crucigramas? (*El hombre 2 asiente con la cabeza.*) No sé. (*Tendiéndosela.*) Compruébelo usted mismo.

HOMBRE 2: Gracias. (*Coge la revista y la ojea hasta encontrar lo que busca.*)

HOMBRE 1: ¿Ha habido suerte?

HOMBRE 2: Un autodefinido gigante.

HOMBRE 1: Quédesela. Trae reportajes muy interesantes...

HOMBRE 2: Se lo agradezco...

HOMBRE 1: ...sobre un cráter que ha aparecido en Siberia...

HOMBRE 2: ...pero...

HOMBRE 1: ...las tormentas solares o el terrorismo suicida. Tiene donde elegir.

HOMBRE 2: Sólo me interesan los pasatiempos.

(*Pausa breve.*)

HOMBRE 1: ¿Cree que hay algo por lo que merezca la pena dar la vida?

HOMBRE 2: Me mantendrá despierto. (*Pausa breve.*) ¿Qué?

HOMBRE 1: ¿Le tiene miedo a la muerte?

HOMBRE 2: ¿Usted no?

(*Devolviendo la revista a su dueño. Un tiempo.*)

HOMBRE 1: (*Como acordándose de algo.*) ¿A que no se figura de dónde procede gran parte del polvo que se acumula en una vivienda? (*Pausa breve. El hombre 2 lo mira sorprendido.*) Son escamas.

HOMBRE 2: ¿Viene de visita?

HOMBRE 1: De piel humana.

HOMBRE 2: (*Por la revista.*) ¿Lo ha leído aquí?

HOMBRE 1: ¿Sorprendente, verdad?

HOMBRE 2: Puede que cambie de opinión...

HOMBRE 1: (*Volviendo a entregarle la revista.*) Hay tantas cosas que desconocemos.

HOMBRE 2: Quizá sea mejor así.

HOMBRE 1: ¿Por qué? (*Sin esperar una respuesta.*) Y lo más curioso del caso es que tampoco hay que ir muy lejos para descubrirlas...

HOMBRE 2: (*Ojeando la revista pero sin prestarle excesiva atención.*) ¿Quién le retiene en un lugar tan poco recomendable como éste un domingo por la noche?

HOMBRE 1: La mayoría de ellas suceden a dos palmos de nuestras narices. Y nosotros sin enterarnos.

(*Pausa breve.*)

HOMBRE 2: ¿Algún familiar?

(*El camarero les sirve los cafés. No sabemos todavía por qué motivo, si es que en realidad lo hay, se marcha, una vez más, sin haber retirado las tazas vacías de la mesa.*)

HOMBRE 1: Mi hija. (*Pausa breve.*) De la noche a la mañana comenzó a sentirse mal... Al principio no le dimos importancia... incluso llegamos a achacárselo a una de sus múltiples maniobras para dejar de comer. Se le había metido en la cabeza que estaba demasiado gorda, que tenía que adelgazar diez kilos, fuese como fuese. Una estupidez como otra cualquiera que comienza como una manía y acaba convirtiéndose en obsesión. Luego aparecieron las fiebres altas, los vómitos y el dolor se agudizó... Tuvimos que ingresarla por urgencias. El diagnóstico no pudo ser más desalentador: una hepatitis B que en poco más de dos años le ha podrido el hígado, dejándole como única alternativa un trasplante. (*Luchando por contener la emoción.*) Ya ve usted, lo injusta que es la vida a veces...

HOMBRE 2: Arbitraria. Más que injusta, arbitraria.

HOMBRE 1: Veintitrés años y ahí la tiene... encadenada a una cama y a la espera de una víscera liberadora que, peligrosamente, se retrasa más de la cuenta.

HOMBRE 2: Voy a repetir sus mismas palabras... Hay que confiar en que todo...

HOMBRE 1: Ahora nuestro mayor enemigo es el tiempo.

HOMBRE 2: Las cosas llegan cuando menos las esperas.

HOMBRE 1: Una lucha contrarreloj.

HOMBRE 2: Fíjese en nuestro accidente... Un claro ejemplo de lo que le digo... Laura y yo habíamos llegado a ese punto en una relación donde comienza a ser difícil dar

marcha atrás. Con los años vas descuidando las formas y... sin darnos cuenta... fuimos cayendo en la trampa... Cada día un nuevo pulso... Empiezas quejándote por tonterías, como un juego... o un desahogo... no sé muy bien de qué... y acabas a voces, como hablando a través de un muro invisible e infranqueable...

HOMBRE 1: Dicen que las parejas que no discuten no se comunican...

HOMBRE 2: Si es eso cierto, debería ser otro nuestro problema. Probablemente lo que hacíamos era comunicarnos demasiado. (*Pausa breve.*) ¿Por qué nos exigimos tanto?

HOMBRE 1: (*Mirando hacia el público.*) Yo sólo pido una cosa.

HOMBRE 2: Tal vez por ello nos defrauden los resultados. No están a la altura.

HOMBRE 1: Y no es para mí.

(*Pausa breve.*)

HOMBRE 1: ¿Le apetece salir?

HOMBRE 2: No, gracias.

HOMBRE 1: Hace una noche estupenda para pasear. Hasta tenemos Luna llena.

HOMBRE 2: Vaya usted si quiere. Yo... no puedo.

HOMBRE 1: Le sentará bien estirar las piernas. Airearse.

HOMBRE 2: En serio...Tengo que volver con Laura... Quizá en otro momento. Mañana mismo, si volvemos a coin-

cidir, prometo acompañarle. Puede que para entonces...
ya sepa algo más... y...

(Por el lateral izquierdo, en el que se supone se halla la puerta de entrada a la cafetería, entra una mujer de unos treinta y cinco a cuarenta años de edad, delgada, pelo castaño, media melena. Lleva un sencillo traje estampado y una rebeca blanca que le cubre los hombros. Busca con la mirada entre las mesas hasta que da con la que ocupan los hombres 1 y 2. Decidida se dirige hacia ellos deteniéndose junto al hombre 1 quien todavía no se ha percatado de su presencia. Un tiempo.)

MUJER: ¡Papá!

HOMBRE 1: ¿Qué haces tú aquí?

MUJER: Eso mismo te iba a preguntar yo.

HOMBRE 1: *(Retirando con disimulo la taza de café.)* He bajado a...

MUJER: *(Interrumpiéndole.)* ¿Nos vamos?

HOMBRE 1: Estaba hablando con este señor. *(Al hombre 2.)*
Es mi hija Marta.

HOMBRE 2: *(Incorporándose. La mujer no le presta atención.)*
Oscar... Encantado.

HOMBRE 1: *(A su hija.)* Su mujer...

MUJER: *(Displicente. Al hombre 1.)* Despídete.

HOMBRE 1: Pero bueno... ¿Qué modales son esos? Deberías tener un poco más de respeto por el dolor ajeno...

MUJER: Por favor, papá.

HOMBRE 1: Discúlpate ahora mismo con este señor.

MUJER: Levántate y vámonos.

HOMBRE 1: ¿Qué va a pensar de nosotros?

MUJER: No tengo ganas de discutir. Son más de las doce y estoy muy cansada...

HOMBRE 2: (*Incómodo.*) Déjelo... Tiene razón. Todos estamos cansados...

MUJER: (*Al hombre 1.*) Esto se tiene que acabar, ¿me oyes?... Se tiene que acabar...

HOMBRE 1: Está bien. Está bien. Cálmate. Si hay que irse nos vamos y asunto concluido. Sólo te pido que cuides un poco las formas, sobre todo delante de desconocidos. Aquí el que más o el que menos... Tengo que ir un momento al baño. Si me disculpáis.

MUJER: No tardes.

HOMBRE 1: (*Al hombre 2, después de incorporarse.*) No se lo tenga en cuenta. (*El hombre 2 improvisa una rápida y forzada sonrisa.*) No lo hace con mala intención. Son los nervios, ¿sabe? (*Mirando a su hija con ternura.*) Muy pronto todo volverá a ser como antes.

(*El hombre 1 sale por el lateral izquierdo. Se produce una incómoda pausa que ninguno de los dos se atreve a romper. El hombre 2 termina de beber su café. Mira a la mujer que a su vez lo observa de reojo.*)

MUJER: Ahora sí se las pido. (*El hombre 2 la mira.*) Las disculpas.

HOMBRE 2: No tiene importancia.

MUJER: Yo... no debí...

HOMBRE 2: Aceptadas.

MUJER: (*Lanza una furtiva mirada hacia la puerta de los servicios.*) No sé por cuánto tiempo más podré soportarlo...
Me supera, créame.

HOMBRE 2: Y a mí.

MUJER: Es algo más fuerte que yo...

HOMBRE 2: Inesperado.

MUJER: He intentado hacerle comprender que lo que hace carece de todo sentido... Pero no me escucha...

HOMBRE 2: Es normal.

MUJER: (*Sorprendida.*) ¿Normal?

HOMBRE 2: (*Confundido.*) Bueno... lo que quiero decir es que...

MUJER: Todos los días...

HOMBRE 2: Teniendo en cuenta las circunstancias...

MUJER: Noche tras noche sin faltar una sola...

HOMBRE 2: Admirable fuerza de voluntad.

MUJER: Y así durante más de dos meses...

HOMBRE 2: (*Perplejo.*) No sabía...

MUJER: (*Casi en un tono de reproche.*) ¿De verdad le parece a usted normal?

HOMBRE 2: ¿Tanto tiempo?...

MUJER: ¿Qué voy a hacer con él?

HOMBRE 2: Me había mencionado lo de la lista de espera... pero... ni de lejos hubiera sospechado que fuera tan complicado...

MUJER: ¿Complicado?

HOMBRE 2: Encontrar un hígado... en su estado...

MUJER: *(Alerta.)* ¿Qué le ha contado?

HOMBRE 2: Lo... de su hermana...

MUJER: ¿Teresa?

HOMBRE 2: *(Como si le costara encajar la cifra. Tal vez porque intuya en ella un mal presagio.)* Dos meses...

MUJER: En realidad, ya no le hace ninguna falta...

HOMBRE 2: ¿Qué quiere decir?

MUJER: *(Después de una pausa.)* Falleció a finales de julio.

HOMBRE 2: ¿Su hermana? *(La mujer asiente con la cabeza.)*
Pero... entonces... *(Señalando hacia la puerta del servicio.)*

MUJER: *(Anticipándose.)* Se resiste a aceptarlo. Inquebrantable, sigue esperando ese dichoso hígado como si nada hubiera pasado. Hay veces que le odio por ello... y las más le envidio. Él al menos continúa albergando esperanzas. ¿Qué me queda a mí? *(Sin dejar de mirar a la puerta del servicio.)* Todas las tardes se mete en el ascensor, sube a la planta cuarta, pregunta a las enfermeras, que sobre aviso (el psicólogo nos aconsejó que le diéramos tiempo, que dejáramos que fuera él quien lo descubriera por sí mis-

mo) le siguen la corriente... incluso le permiten visitar de vez en cuando a una paciente ingresada en la misma habitación... a la que confunde con Teresa; luego entra en la cafetería y se sienta en una mesa a esperar. No sé cómo se las apaña pero siempre encuentra a alguien que le invita a un café. *(Pausa.)* El resto se lo puede imaginar: vengo, lo convenzo, me lo llevo a casa... y mañana, vuelta a empezar.

HOMBRE 2: *(Mirando las tazas de café amontonadas sobre la mesa.)* Lo siento...

(Se oye descargar una cisterna.)

MUJER: Ya sale. *(Pausa breve.)* Por favor, no le diga nada de esto a mi padre.

HOMBRE 2: Descuide. No lo haré.

MUJER: Es mejor así.

(El Hombre 1 sale del servicio y se dirige con andar cansino hacia la mesa.)

HOMBRE 1: *(Al hombre 2, tendiéndole la mano.)* Bueno... por si no nos vemos... Espero que se mejore pronto su esposa...

HOMBRE 2: *(Incorporándose y estrechándola.)* Gracias.

HOMBRE 1: *(A la mujer.)* Cuando quieras.

MUJER: *(Al hombre 1. Esta vez sí, mirándole a los ojos.)* Lo mismo le digo. Adiós.

HOMBRE 2: *(Apenas en un susurro.)* Hasta mañana.

(La mujer y el hombre 1 salen por el lateral izquierdo. El hombre 2 los observa marchar. Baja la cabeza y descubre la revista que el hombre 1 ha dejado olvidada. Un tiempo. De un pequeño bolso de mano saca un bolígrafo y unas lentes y se dispone a cumplimentar el autodefinido. Las luces del escenario disminuyen paulatinamente de intensidad hasta alcanzar la penumbra de un ensueño.)

4

Hall del hospital

La mujer camina hacia la puerta de salida, cuyo ruido mecánico acompañará con ritmo sincopado durante toda la escena, invitando a la huida, seguida a una corta distancia por el hombre 1.

Suena la tercera parte «Recuerdos de la infancia» del poema sinfónico de Richard Strauss «Muerte y transfiguración» al menos durante unos treinta segundos.

HOMBRE 1: (Deteniéndose.) Espera.

MUJER: ¿Qué te pasa ahora?

HOMBRE 1: Un momento.

MUJER: ¿Por qué te detienes?

HOMBRE 1: Acabo de ver a la doctora Olcina...

MUJER: Por favor...

HOMBRE 1: Sólo serán cinco minutos.

MUJER: ...papá.

HOMBRE 1: Te lo prometo.

MUJER: No. Ni cinco minutos, ni uno, ni medio.

HOMBRE I: Quiero preguntarle si ha habido alguna novedad...

MUJER: Estoy cansada...

HOMBRE I: No es necesario que me esperes. Adelántate tú y...

MUJER: No.

HOMBRE I: ...ve trayéndote el coche mientras...

MUJER: Salimos juntos. Y ahora. ¿Me has oído, papá? Ahora.

(Pausa breve.)

HOMBRE I: ¿Por qué?

MUJER: Te lo pido por favor.

HOMBRE I: Toda esa brusquedad.

MUJER: No vuelvas a empezar.

HOMBRE I: ¿Era necesaria?

MUJER: Tienes que aceptar de una vez por todas...

HOMBRE I: Está pasando un mal momento. Su mujer...

MUJER: ¿De quién estás hablando?

HOMBRE I: Me pregunto...

MUJER: ¿Eh?

HOMBRE I: ¿Tanto te costaba ser amable con él?

MUJER: *(Después de una breve pausa. Cayendo en la cuenta. Evasiva.)* Ya le pedí disculpas.

HOMBRE I: No es eso.

MUJER: Entonces...

HOMBRE 1: Quizá lo hayas visto en las noticias...

MUJER: ¿Nos vamos?

HOMBRE 1: Lo han dado en todos los telediarios del mediodía...

MUJER: ¿Ver?

HOMBRE 1: La grúa.

MUJER: ¿Qué grúa?

HOMBRE 1: La que volcó ayer a primera hora de la mañana.

MUJER: No sabía que se hubiera volcado ninguna grúa.

HOMBRE 1: ¿Es extraño?

MUJER: Si tanto interés tienes puedes contármelo en el coche mientras volvemos a casa.

HOMBRE 1: Ha sido en Gran Vía.

MUJER: ¿Ayer por la mañana?

HOMBRE 1: Tú vives muy cerca de allí. ¿Cómo es posible que no os enteraseis de algo así?...

MUJER: ¿Enterarnos? Últimamente... apenas salimos... Hoy, sin ir más lejos... ni siquiera hemos parado para comer. Eduardo encargó lasaña en la trattoria que han abierto junto al museo.

HOMBRE 1: Deberíais contratar a alguien para que os ayude. Os lo he dicho cientos de veces.

MUJER: ¿Y crees que no lo hemos considerado?... pero...

HOMBRE I: ¿Qué?

MUJER: En este momento... es imposible.

(Pausa breve.)

HOMBRE I: ¿Va todo bien?

MUJER: Va.

HOMBRE I: Me refiero...

MUJER: *(Interrumpiéndolo.)* Lo sé. *(Pausa breve.)* ¿Por qué me lo preguntas?

HOMBRE I: Por nada.

MUJER: ¿Te dijo algo él?

HOMBRE I: ¿Quién, Eduardo? *(La mujer asiente.)* No. Nunca me habla de temas de trabajo, ya lo sabes. Supongo que pensará que no es asunto mío. Pero se equivoca.

MUJER: Entonces...

HOMBRE I: El otro día... no pude evitar...

MUJER: *(Con cierto tono de alarma.)* ¿Qué?

HOMBRE I: ...oíros.

MUJER: *(Se mira las manos, como si no supiera qué hacer con ellas; finalmente las oculta en los bolsillos de su abrigo.)*
¿Qué sabes?

HOMBRE I: Poca cosa.

MUJER: Por favor, papá.

HOMBRE I: Yo podría ayudaros con...

MUJER: Ya conoces la opinión de Eduardo al respecto.

HOMBRE 1: Convéncele...

MUJER: No. Te equivocas.

HOMBRE 1: No te puedes imaginar lo que me duele que no contéis conmigo... en un momento como éste...

MUJER: No tienes por qué preocuparte.

HOMBRE 1: Pues lo hago.

MUJER: Todo se solucionará.

HOMBRE 1: Eres mi hija. Tu hermana y tú sois lo único que me queda. ¿Y si al final no conseguís el crédito? ¿Me lo dirás antes de...?

MUJER: Lo conseguiremos.

(Pausa breve.)

HOMBRE 1: Cayó sobre ellos.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE 1: La grúa.

MUJER: ¡Ah!

HOMBRE 1: Su esposa está muy grave.

MUJER: Lo siento.

HOMBRE 1: Y él...

MUJER: De veras que lo siento.

HOMBRE 1: ...no deja de tomar café.

MUJER: Pero...

HOMBRE 1: Dice que le tranquilizan.

MUJER: ...¿qué puedo hacer yo?

HOMBRE I: Ser amable. Sólo eso.

MUJER: Está bien.

HOMBRE I: Ser amable.

MUJER: La próxima vez procuraré...

(Pausa breve.)

HOMBRE I: Me preguntó si creía en el destino.

MUJER: ¿El sí?

HOMBRE I: *(Mirando hacia los espectadores. Es una pregunta lanzada al vacío.)* ¿Lo nuestro también será una prueba?

MUJER: No sé de qué estás hablando.

HOMBRE I: Si es así...

MUJER: Papá.

HOMBRE I: Temo no estar seguro de estar haciendo todo lo que debo...

MUJER: Tú no te das cuenta...

HOMBRE I: ¿Darme cuenta?

MUJER: ...pero...

HOMBRE I: Claro que me doy cuenta.

MUJER: Vas a acabar por volvernos locos a todos. *(Pausa breve.)* ¿Podemos marcharnos ya?

HOMBRE I: Cuando hable con la doctora.

MUJER: ¿Por qué me haces esto?

HOMBRE I: ¿Hacerte...?

MUJER: *(Resignada. Como si evitara el tema.)* No tardes.

HOMBRE 1: Ya te he dicho. Cinco minutos. Sólo quiero...

MUJER: Preguntar...

(Pausa breve. El hombre 1 se dirige hacia el lateral izquierdo pero antes de salir se detiene y se gira hacia la mujer.)

HOMBRE 1: ¿No vas a subir?

MUJER: No.

HOMBRE 1: Se alegraría de verte.

MUJER: Esperaré aquí.

HOMBRE 1: Te necesita.

MUJER: En eso te equivocas.

HOMBRE 1: ¿Por qué eres tan dura con ella?

MUJER: Déjalo, papá.

HOMBRE 1: ¿No la piensas perdonar nunca?

MUJER: No tengo nada que perdonarle ya.

HOMBRE 1: ¿En serio?

MUJER: Sí.

HOMBRE 1: ¿Y entonces...?

MUJER: ¿Te lo vuelvo a repetir?...

HOMBRE 1: No puedo entenderlo.

MUJER: Ni yo.

HOMBRE 1: No consentir subir... ni una sola vez... desde que la ingresaron.

MUJER: Es mejor así.

HOMBRE I: No.

MUJER: Sé que no es tu intención...

HOMBRE I: Me lo he preguntado mil veces...

MUJER: ...pero...

HOMBRE I: ¿Qué diablos pudo suceder entre vosotras para que...?

MUJER: ...me haces daño.

(Pausa breve.)

HOMBRE I: Él también le ocultaba algo.

MUJER: ¿A su esposa?

HOMBRE I: No me lo dijo.

MUJER: ¿Te ha invitado a café?

HOMBRE I: Pero... pude leerlo entre líneas.

MUJER: Sabes que con la medicación no debes tomar excitantes.

HOMBRE I: Se siente en deuda con ella... y tal vez... por ello... con él mismo.

MUJER: Lo habrás pedido descafeinado, al menos.

HOMBRE I: Y no sólo por la posible imprudencia que hubiera cometido en el accidente.

MUJER: ¿Qué imprudencia?

HOMBRE I: Se acercó demasiado.

MUJER: ¿A la grúa? (*Después de esperar una respuesta del hombre 1 que no se produce.*) Es normal.

HOMBRE 1: ¿Acercarse?

MUJER: Sentirse culpable.

HOMBRE 1: Sí.

MUJER: En su situación, todos nos sentiríamos...

HOMBRE 1: Tienes razón.

MUJER: Bueno... ¿Qué vas a hacer?

HOMBRE 1: Esperar.

MUJER: ¿Subes a hablar con la doctora o nos vamos? Se está haciendo muy tarde. Decídete de una vez. Si no me meto pronto en la cama soy capaz de dormirme de pie. (*Un tiempo.*) ¿Trajiste la bufanda? No olvides ponértela al salir. Ha empezado a refrescar.

(*Pausa breve. Ninguno de los dos se mueve.*)

HOMBRE 1: Lo vio.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE 1: El accidente.

MUJER: Es lógico, ¿no? Estaba allí. ¿Cómo no habría de verlo?

HOMBRE 1: Antes de que sucediera.

MUJER: ¿Antes?...

HOMBRE 1: Sí.

MUJER: ¿Qué tontería estás diciendo...?

HOMBRE I: ¿A ti no te ha ocurrido nunca?

MUJER: ¿Ocurrirme qué?

HOMBRE I: Estar imaginando algo que... se hace realidad al instante.

MUJER: ¡Pues claro que no!

HOMBRE I: Él sí.

MUJER: Está bien. Tuvo un presentimiento...

HOMBRE I: (*Negando con la cabeza.*) Lo vio.

MUJER: Lo tuvo o lo vio. Poco importa... si como desgraciadamente parece, eso no cambió nada.

HOMBRE I: ¿Estás segura?

MUJER: ¿Existe alguna razón para que no lo esté?

HOMBRE I: Quizá.

MUJER: ¿Se produjo o no se produjo el accidente después de que... según tú... bueno, él... lo viera?

HOMBRE I: No me refiero a eso.

MUJER: ¿A qué entonces?

HOMBRE I: A que era inevitable.

MUJER: ¿Inevitable?

HOMBRE I: Porque hiciera lo que hiciera, sería del todo inútil.

MUJER: (*Con un gesto de tristeza, le apena el solo hecho de pensarlo.*) Cada día te entiendo menos.

HOMBRE 1: Ya que no impediría que acabaran aplastados bajo aquella maldita grúa.

MUJER: Tengo la extraña sensación... no sé... como si pretendieras alejarte de nosotros...

HOMBRE 1: Tal vez por eso mismo lo vio.

MUJER: Sobre todo de mí.

HOMBRE 1: Porque era necesario.

MUJER: Sé que todo esto lo he provocado yo... permitiendo que...

HOMBRE 1: Y si es así...

MUJER: No te imaginas como me martiriza.

HOMBRE 1: ...lo cambia todo.

MUJER: Ese rutinario deber en que lo estás convirtiendo con tu obstinación es como un dedo acusador que me señala.

HOMBRE 1: De un modo tal vez inconsciente lo supo.

MUJER: Aunque no nos gusten...

HOMBRE 1: Por eso no hizo nada.

MUJER: Las cosas son como son.

HOMBRE 1: ¿Para qué, si no podía impedirlo?

MUJER: Y así hay que aceptarlas. No hay más remedio.

HOMBRE 1: Aunque ese no es el problema.

MUJER: Me pregunto...

HOMBRE 1: El problema es...

MUJER: ¿Qué consigues con ello?

HOMBRE I: ¿Por qué?

MUJER: A veces tengo la sospecha de que todo es una estúpida farsa. Que interpretas tu papel...

HOMBRE I: ¿Hay alguna razón?

MUJER: ...escudándote detrás de esa máscara... de tu propia mentira; una mentira con la que, aunque no quieras reconocerlo, te sientes cómodo y seguro.

HOMBRE I: ¿Seguro?

MUJER: Protegido. Pero también terriblemente solo, ¿verdad?

HOMBRE I: ¿Por qué era necesario?

MUJER: Y eso es lo que te asusta. Como a mí. Pero ni siquiera somos capaces de compartir ese miedo. (*Pausa breve.*) No sé quién de los dos es el más cobarde. (*Pausa breve.*) ¿Necesario?

HOMBRE I: Inevitable.

MUJER: Pero...

HOMBRE I: Él sí...

MUJER: ¿De qué diablos estás hablando?

HOMBRE I: Tal vez también lo sepa. Estoy seguro. Sí. Por eso no hizo nada para evitarlo.

(*Pausa breve.*)

MUJER: Todo esto tiene que acabar, papá. No sé cuanto tiempo más voy a poder seguir soportándolo. Ya no es solo por nosotros...

HOMBRE I: Si quieres...

MUJER: Venir cada noche y revivirlo todo...

HOMBRE I: ...puedo acompañarte...

MUJER: Una y otra vez.

HOMBRE I: Subir contigo.

MUJER: Como una condena.

(Pausa breve.)

HOMBRE I: No te lo había dicho hasta ahora... pero...

MUJER: *(Sin fuerzas.)* ¿Qué?

HOMBRE I: Hace tiempo que no me atrevo a pasar de la puerta. Incluso las propias enfermeras me han aconsejado que no lo haga. La miro desde allí... sin que ella me vea... Y esos pocos metros, te lo juro... no hay día que no me suceda, se transformar en un abismo, en una distancia insalvable... Como si, aún en vida, ya la hubiera perdido, ¿entiendes?... *(Pausa breve.)* Entonces siento como un escalofrío, como si una procesión de hormigas me subiera por la espalda, invadiendo mi cerebro, anidando en mi memoria... y me empapo en sudor, un sudor frío y lacerante. Quiero llorar pero no puedo. Las lágrimas no acuden a la señal de angustia. Quizá por el temor, incierto, a que ella pueda advertirlo. *(Pausa breve.)* Te

juro que hay ocasiones... que pienso... no sabes cuánto ha llegado a torturarme esa idea. (*Sujetándose la cabeza con ambas manos.*) Ésta no es mi hija. Esta no es mi hija. Esta no es mi hija... (*Pausa breve.*) A ti también te costará reconocerla... Ha cambiado tanto en estas últimas semanas... Apenas le quedan fuerzas para hablar... Y cuando lo hace... no logro... entenderla. Por eso es tan importante... (*Bajando la voz, casi en un susurro.*) Tu visita... estoy convencido... le devolverían las ganas de...

MUJER: (*Interrumpiéndolo con un grito contenido, crispado. A punto de romper a llorar.*) ¡Basta!

(*Pausa larga. El hombre 1 y la mujer se miran en silencio. Un brillo en sus ojos, algún gesto o ademán nos advierte que es un momento esperado, temido por ambos, como si, con alguna pequeña variación, se repitiera a modo de colofón inevitable de cada encuentro hospitalario.*)

HOMBRE 1: (*Señalando hacia el lateral derecho.*) Voy a hablar con la doctora.

MUJER: (*Silencio.*)

HOMBRE 1: Entonces...

MUJER: (*Silencio.*)

HOMBRE 1: ¿Vas a por el coche o me esperas aquí?

MUJER: (*Silencio.*)

HOMBRE 1: No tardo nada.

MUJER: (*Silencio.*)

HOMBRE 1: Sólo cinco minutos.

(Ni el hombre 1 ni la mujer hacen ademán de moverse. Paulatinamente se va haciendo el oscuro.)

5

Despacho de la consulta del médico

Todo el mobiliario es metálico, frío y funcional.

En las paredes hay pósters e imágenes obtenidas por escáner y detrás de la mesa un negatoscopio.

El hombre 2 detenido bajo el quicio de la puerta en actitud de espera. El médico concentrado en la pantalla de su ordenador no se percata de su presencia.

MÉDICO: (*Levantando por fin la cabeza.*) ¡Ah! Pase. Pase y tome asiento, por favor.

HOMBRE 2: (*Obedeciendo.*) Gracias.

MÉDICO: (*Después de una pausa.*) Mire, señor...

HOMBRE 2: Campos... Oscar Campos...

MÉDICO: Voy a serle franco, Sr. Campos... Su esposa no ha reaccionado a ninguno de los tratamientos que se le han aplicado...

HOMBRE 2: Lo sé.

MÉDICO: A estas alturas... lamento tener que comunicárselo: poco más podemos hacer por ella.

HOMBRE 2: ¿Van a trasladarla a otro hospital?

MÉDICO: Sería inútil.

HOMBRE 2: ¿Qué quiere decir?

MÉDICO: Su situación es irreversible.

HOMBRE 2: (*Repitiendo la palabra como si no alcanzara a comprender todo su significado.*) ¿Irreversible?

MÉDICO: El politraumatismo severo además de la pérdida de masa encefálica le ha producido un coágulo de dimensiones considerables, localizado en el hemisferio izquierdo. Este coágulo es uno de los principales responsable del coma...

HOMBRE 2: ¿Y no pueden extraérselo?

MÉDICO: (*Negando.*) Han sido dañados tejidos vitales... por lo que hemos descartado la posibilidad de una intervención quirúrgica...

HOMBRE 2: Entonces...

MÉDICO: No quisiera agobiarle con inútiles tecnicismos...

HOMBRE 2: Van a dejar que...

MÉDICO: Créame... en estos momentos lo que debería usted es...

HOMBRE 2: (*Interrumpiéndole. Tomando conciencia de lo irremediable de la situación.*) ¿Cuánto tiempo le queda?

MÉDICO: No soy muy partidario de hacer predicciones... Siendo muy optimistas no creemos que acabe la semana.

HOMBRE 2: Estamos a jueves.

(Pausa larga. El hombre 2 agacha la cabeza en un claro gesto de derrota.)

MÉDICO: Sabemos lo difícil que es para usted...

HOMBRE 2: No.

MÉDICO: ...este momento... pero, quisiéramos que considerase detenidamente...

HOMBRE 2: Se equivoca.

MÉDICO: ...la posibilidad de donar sus órganos...

HOMBRE 2: No lo saben.

(Pausa breve.)

MÉDICO: Piense en las vidas que podría salvar con ese simple gesto...

HOMBRE 2: A ella.

MÉDICO: De ese modo su muerte no habrá sido del todo en vano.

HOMBRE 2: A quien quiero que salven es a ella.

MÉDICO: Lo hemos intentado.

HOMBRE 2: ¿Es que no se dan cuenta? No pueden dejarla morir...

MÉDICO: Desgraciadamente no está en nuestras manos.

HOMBRE 2: ...sin saber si me ha perdonado.

MÉDICO: Pero ahora es usted quien tiene la oportunidad...

HOMBRE 2: Ni siquiera he podido despedirme de ella. Todo ha sido tan... precipitado.

MÉDICO: Nosotros nos encargaríamos de todo. Usted sólo tendría que darnos su consentimiento.

(Pausa breve.)

HOMBRE 2: Hay una joven en la planta cuarta...

MÉDICO: *(Tendiéndole un catálogo despegable.)* Pero antes que nada le agradecería que echara un vistazo a este folleto.

HOMBRE 2: Teresa.

MÉDICO: Viene todo explicado de un modo claro y conciso.

HOMBRE 2: Se llama Teresa...

MÉDICO: ¿Perdón...?

HOMBRE 2: Desconozco sus apellidos...

MÉDICO: ¿Alguna paciente?

HOMBRE 2: *(Asintiéndole con un leve movimiento de cabeza.)* Está a la espera de un trasplante de hígado.

MÉDICO: *(Volviendo al folleto.)* Huelga que le diga que disponemos de un tiempo limitado.

HOMBRE 2: Ayer por la noche conocí a su padre.

MÉDICO: No tiene por qué tomar una decisión ahora mismo... incluso le aconsejaría que no lo hiciera...

HOMBRE 2: Forzosamente ha tenido que oír hablar de él.

MÉDICO: Aunque sí le agradecería que cuando la haya tomado nos lo comunique lo antes posible...

HOMBRE 2: Durante más de dos meses...

MÉDICO: Llévelo, trate de descansar un poco y luego léalo detenidamente.

HOMBRE 2: ...ha estado viniendo a diario...

MÉDICO: Si tuviera alguna duda...

HOMBRE 2: ...con la esperanza de encontrar por fin ese órgano salvador.

MÉDICO: ...la que sea... no tiene más que preguntarle a cualquiera de las enfermeras...

HOMBRE 2: He pensado que...

MÉDICO: ...y ellas gustosamente...

HOMBRE 2: ...tal vez podría...

MÉDICO: ...se la aclararán.

HOMBRE 2: No sé.

(Pausa breve.)

MÉDICO: Le ruego que lo medite. No insistiré en la importancia de su decisión. Sólo le pido que lo medite antes de darnos ninguna respuesta. Nada más.

HOMBRE 2: ¿Hay alguna posibilidad de elegir?

MÉDICO: ¿Elegir?

HOMBRE 2: Si fueran compatibles...

MÉDICO: No le entiendo.

HOMBRE 2: Me gustaría que esa chica de la que le acabo de hablar, Teresa...

MÉDICO: *(Ante la extraña reacción del hombre 2, sin comprender nada de lo que le dice.)* ¿Se encuentra bien?

HOMBRE 2: *(Saliendo de su ensimismamiento.)* ¿Eh?

MÉDICO: Si quiere, puedo recetarle un tranquilizante...
Demasiadas emociones para un día.

HOMBRE 2: No, gracias.

MÉDICO: ¿Le apetece mejor algo caliente?

HOMBRE 2: Ahora...

MÉDICO: No sé... ¿Una tila, por ejemplo?

HOMBRE 2: Lo que necesito es... *(Incorporándose se dirige hacia la cafetería. El médico le observa marcharse sin decir nada. La luz decrece hasta el oscuro sobre el despacho mientras se va iluminando la cafetería. Se sienta en la misma mesa de la escena 3. Sobre ella, siguen amontonadas las tazas vacías. El hombre 1 hace su aparición por el lateral izquierdo, en primer término, y cruza la escena con su habitual paso cansino hasta desaparecer por la derecha. Alza la mano reclamando la atención del camarero.)* Otro café.

(Oscuro súbito. Se oye, in crescendo, al menos durante unos treinta segundos, la cuarta parte «Redención» del poema sinfónico de Richard Strauss «Muerte y transfiguración» a la vez que un penetrante aroma a café inunda la sala.)

FIN